

Arturo Sosa A.

Abrirle paso a la novedad

Si de verdad queremos responder a la **cultura de la muerte**, una de cuyas expresiones es el crecimiento de las múltiples formas de violencia social y política, no queda más remedio que ir a las raíces en las que ella se nutre. La erradicación de la violencia social y política supone una transformación a fondo de las bases culturales en las que se fundan nuestras actuales concepciones de las relaciones humanas en lo económico, lo político y lo cultural.

Aunque continuamente oímos y hablamos de la necesidad de introducir **reformas** en el sistema político venezolano, la médula de la situación que estamos atravesando exige mucho más que reformas. La estructura de las relaciones políticas ha llegado a su momento final. Ha perdido su **legitimidad**, decimos en el lenguaje político, es decir, se ha perdido el consenso social en el que se fundan los horizontes, fines y modos de conseguirlos de la sociedad venezolana. Estamos, pues, en un momento de cambio estructural, o sea, de constitución de una nueva legitimidad, de construcción, desde la raíz, de los consensos sociales necesarios para la existencia de la convivencia humana. Esta situación puede ser **revolucionaria** si se echan nuevas raíces de manera que puedan re-crearse las relaciones políticas sobre la vida y no sobre la muerte. Que sea una transición que resulte un reacomodo de la cultura de la muerte o se abra a un proceso fundado en una cultura de la vida, requiere hacemos conscientes de la magnitud de la tarea que esto significa, del camino a recorrer y decidirse a realizar el enorme esfuerzo personal y colectivo que ello supone.

1. UNA TRANSICION POLITICA REVOLUCIONARIA EXIGE RUPTURAS SOCIO-CULTURALES

Me atrevería a comparar la actual situación venezolana a la adolescencia en los seres humanos. La transición de la infancia a la persona adulta es una

etapa llena de novedades, por tanto, de crisis, de rupturas, de apertura a posibilidades vitales... Es una etapa llena de ambigüedades, pues si bien se desea con todo el alma ser tratada como persona adulta, también se desea mantener las ventajas de la infancia. Cuesta asumir plenamente las responsabilidades de la vida adulta. No siempre es fácil, además, que los adultos más viejos, especialmente los más cercanos como los mismos padres, acepten que el joven ha crecido y puede responsabilizarse de sus decisiones. Resulta igualmente difícil vivir la incertidumbre de la libertad responsable del adulto y ser tomado en serio por los otros adultos en sus decisiones como persona. El adolescente se ve obligado a romper con su «cultura de niño», con las relaciones creadas desde esa forma de ver la vida para establecer relaciones adultas desde una visión también adulta del mundo. Esa transición, llena de complejidades orgánicas y psicológicas, puede ser más o menos traumática de acuerdo a las características personales y del medio en el que se desempeña el joven.

El sistema político venezolano ha tenido una larga infancia democrática en cuyo proceso se han ido dando pasos. La aparición de los partidos políticos, por ejemplo, significó un paso hacia adelante en la forma de liderazgo, representación y participación del pueblo en la vida política. Las alianzas entre las élites que permitieron sustituir un gobierno de las Fuerzas Armadas por otro con mayores posibilidades de participación, votaciones, surgimiento de sindicatos, gremios, organizaciones barriales, aumento de las libertades. También con muchos defectos en la distribución de la riqueza y del poder, en la aplicación justa de las leyes, en la pedagogía político-organizativa... Evidentemente las condiciones en las que transcurre la infancia influye en como se resuelve la transición adolescente. Las características del sistema político que ha perdido legitimidad son el bagaje con el que

entramos en la transformación de sus bases. Ha sido en él que se ha formado la **cultura política** que es necesario cambiar radicalmente para producir unas relaciones políticas democráticamente adultas.

Los efectos de una economía rentista y un sistema político populista son las dos grandes áreas en las que la transformación de la cultura política es urgente. No es tarea fácil una breve enumeración de esas características:

- el **paternalismo** de un Estado dispensador de enormes recursos no provenientes del trabajos productivo de la colectividad, afianzado por los hábitos receptores de la población, al punto de sentir como un derecho recibir del Estado beneficios en nada proporcionales a los esfuerzos realizados por cada uno para generar los recursos colectivos.
- el **mesianismo** político que lleva a poner la confianza total en algún líder, dirigente o partido a través de un voto periódico y despersonalizado. En las manos de esos «mesías» se deja toda la responsabilidad política, es decir, la definición de los horizontes colectivos y las decisiones para hacerlos realidad. Cuando el «mesías» consagrado no llena las satisfacciones de sus seguidores es convertido en el «chivo expiatorio» de la catarsis colectiva y sustituido por un nuevo «mesías» iniciándose un nuevo círculo vicioso. De esta concepción del rol del Estado, de la dirigencia política y la participación individual en ella surge el **clientelismo** como forma ordinaria de relaciones sociales.
- el **optimismo del largo plazo**, por el cual todos nos convencimos que el futuro siempre sería mejor y de que no había vuelta atrás en los pasos dados por la ruta del «progreso». Más temprano que tarde cada uno llenaría sus aspiraciones de nivel de vida, sin que hubiera más aporte personal que los deseos de superarse y el trabajo cotidiano normal. Este progreso continuo, sin esfuerzos especiales o «sacrificios» individuales o colectivos muy grandes, se prolongaría indefinidamente en el futuro.
- la **tendencia a la igualdad** como responsabilidad del Estado producto de la distribución de los recursos provenientes de la renta petrolera, concebida como riqueza colectiva, sin compromisos solidarios individuales.
- una comprensión de la **representación política** que deja en las manos de los representantes «adultos» las decisiones de los representados «inmaduros». Los líderes, provenientes de

élites o partidos, sustituyeron al pueblo en las decisiones fundamentales de la vida pública. Por su parte, el pueblo aceptó esa «sustitución» y durante años se movió cómodamente en el espacio de participación que dejaba un sistema electoral y una forma de militancia partidista, sindical o gremial con esas características.

La economía rentista ha llegado a sus límites como fuente de desarrollo económico y distribución de la riqueza. Las exigencias mismas del crecimiento económico le imponen transformaciones estructurales. La política populista ha sufrido una pérdida irrecuperable de su legitimidad. Se generaliza la sensación de un Estado que ya no es capaz de cumplir con sus obligaciones fundamentales tales como garantizar la seguridad personal y colectiva, cuidar las fronteras territoriales, ni unos servicios de salud y educación que alcancen a toda la población con niveles satisfactorios de calidad.

La **cultura política** propia de ese modelo social sigue mayoritariamente intacta. Gran parte de la insatisfacción y del descontento, así como de las movilizaciones y protestas tienen su basamento en esa cultura. En otras palabras, percibimos con bastante claridad los defectos y limitaciones del sistema en lo económico, lo político y lo social, pero, con mayor o menor conciencia, proponemos su transformación sin llegar a las raíces culturales que lo alimentan. El surgimiento de un nuevo modelo de relaciones sociales en Venezuela, posible por las condiciones históricas que vivimos, exige la ruptura la cultura política rentista-populista que seguimos llevando dentro. Sin esa ruptura no es verdad la afirmación del surgimiento de un nuevo sujeto político, ni de un «nuevo acuerdo» fundacional democrático en el país.

2. ADQUIRIR EL IMAGINARIO POPULAR COMO CONDICION PARA UNA DEMOCRACIA-CON-PUEBLO

El imaginario¹ *rentista-populista*² aparentemente ha dado paso a uno *neoliberal* que coloca al *mercado* en el centro de toda discusión económica, política o cultural. De esta manera reduce la vida a las puras transacciones de compra-venta, oferta-demanda, definiendo a la ser humano como un «competidor» que solo se realiza cuando triunfa. Los pobres son los «perdedores», por tanto, no-humanos. Al menos esa es la intención y dirección de la acción de las

élites dominantes en este momento de la transición, aunque en los últimos tiempos, especialmente desde Europa y los Estados Unidos, llegan voces críticas que anuncian el fracaso de modelo *neoliberal* impuesto, sobre todo, en los países más pobres. Gran parte de esa crítica se refiere a los mecanismos o modelos adoptados como neoliberales, más que al imaginario en el que se sostienen.

En nuestro caso debemos enfrentar la compleja tarea de superar el imaginario *rentista-populista*, al mismo tiempo del *neoliberal* y del *revolucionario* basado en las clásicas visiones teóricas y métodos organizativos inspirados en la corriente marxista-leninista, con todas las variantes que adquirió en nuestras experiencias sociopolíticas.

Se trata, por consiguiente, de ubicarse en un imaginario alternativo que nos atrevemos a llamar *popular*. Los rasgos fundamentales de este *imaginario popular* serían:

— su absoluto es la **vida concreta y cotidiana de la gente**. En este sentido se ubica radicalmente en un terreno distinto al de la «cultura de la muerte».

Su núcleo es tal que sólo puede concebirse como «cultura de la vida». Las condiciones materiales son necesarias, pero ellas mismas no son la vida. La vida tiene que ver con la existencia de una red de relaciones personales en libertad y solidaridad.

— su modo de producción son unas **relaciones humanas personalizadas**, es decir, abiertas, horizontales y recíprocas. La primera exigencia, por tanto, es «hacerse persona» capaz de salir de sí mismo y establecer con otras personas una relación fraternal. De esta manera se pueden producir unas relaciones sociales y una vida social sobre la solidaridad, en la que la producción de bienes no requiera de ganadores y perdedores ni la dinámica de la producción económica se convierta en la globalidad misma de lo humano.

— el ámbito preferencial o privilegiado (no exclusivo) en el que se desarrolla este imaginario popular es la **Casa del Pueblo**. El primer paso, por tanto, es reconocer que el pueblo es y tiene casa propia. Es decir, los pueblos existen como seres culturales y espirituales actuales, coetáneos con quienes se sienten los cultos de hoy, con los «ilustrados» occidentales.

Ubicarse en la Casa del Pueblo significa que la afirmación de la vida como absoluto es, en primer lugar, la afirmación de la vida de «los de abajo». De esta manera, el Bien Común comienza por preocuparse por el bien de los pobres.

Reconocer a los pobres como seres espirituales y culturales, no como «los que carecen de...», lleva a dirigirse a la casa del pueblo como actitud radicalmente distinta de «abrirle a unos carenciados las puertas de la ciudad-mercado».

Entrar en la Casa del Pueblo produce un **encuentro** en un ámbito que se reconoce como humano, como «hogar», a pesar de sus carencias y privaciones, al que cada quien lleva su cultura como su propio bagaje histórico, pero no como proyecto a imponerle al otro. El encuentro se hace posible porque se establecen relaciones fraternales y surge una nueva cultura integradora de los componentes que cada uno aporta. Lógicamente este encuentro es, en primer lugar, de la gente popular entre sí, y con quienes aceptan participar en el mismo.

— En el ámbito específico de lo político:

- se reconoce que el poder es necesario en toda sociedad humana. La cuestión fundamental es delimitarle un lugar y unos mecanismos para su ejercicio que lo subordinen a los fines comunes y no al revés.
- se supone la participación en las decisiones sociales porque se tiene conciencia de lo público y se asume lo común responsablemente como una de las dimensiones irrenunciables de la vida humana.
- los conflictos se resuelven por la vía de la negociación y no por la fuerza o la agresión. La negociación parte del reconocimiento del otro como persona con intereses legítimos y busca conciliar los intereses particulares entre sí y con el Bien Común. De esta manera la tarea del político cobra especial relevancia, como el gestor de esa negociación que hace viable la vida social en libertad y justicia.
- desde esta perspectiva no se admiten políticas «paliativas» de los procesos de empobrecimiento, concebidos como «costos sociales» inevitables, que suponen no aceptar al pobre como persona. Una política económica, desde este imaginario, tiene como fundamento la vida del pobre como persona y la erradicación de la pobreza como una condición inhumana, de muerte, y no de vida.
- se desecha la coacción material o moral como instrumento para cambiar las situaciones económicas, políticas o culturales. De lo que se deriva que la libertad es el único camino humano para alcanzar la fraternidad, la justicia y la paz.
- igualmente se rechaza todo «caudi-

llismo» y «mesianismo». Toda dictadura provenga de un individuo, un partido, de la Fuerza Armada; por razones de raza, religión o ideología, por tratarse de modos de relación impositivas que no toman en cuenta la opinión ni admiten la participación del pueblo en las decisiones sociales.

3. LA SOCIEDAD CIVIL DE UNA DEMOCRACIA-CON-PUEBLO

Tenemos que reconocer que la introducción de la expresión «sociedad civil»

en el lenguaje político venezolano reciente se ha hecho sin discusión teórica ni política de su significado en el contexto inmediato de nuestro sistema político. Para unos la expresión evocará las raíces del pensamiento liberal, para otros la filosofía hegeliana y para algunos las reflexiones de Antonio Gramsci. El haber obviado esta discusión teórica no le hace ningún favor a la sociedad civil ni a la democracia como aspiración colectiva. A mi entender no se ha tratado de un olvido casual sino de la forma de

apropiarse de un lenguaje renovador para evitar, quizás, que se convierta en vehículo de un proyecto político alternativo. De allí que parezca importante la confrontación teórica en el contexto real de las relaciones que conforman el actual momento del sistema político venezolano.

Hace falta una sociedad civil que se entienda como **sujeto político** no como agregación más o menos organizada de intereses particulares. La democracia con pueblo sólo es posible si los miembros individuales de la sociedad venezolana nos asumimos como «ciudadanos», es decir, como integrantes de una «polis» en la que además de los intereses particulares existen los intere-

ses de la «res-publica» de la cual cada uno de los ciudadanos que la conforman es responsable. En la acepción que ha recordado recientemente Alberto Arvelo, dejar de ser «idiotas» para ser «pueblo»³.

Sólo asumiendo cada persona la responsabilidad política directa, la conciencia de lo público, es decir, la perspectiva y dimensión de la globalidad, trascendiendo la mirada exclusivamente particular es como se crea la base de una democracia: un pueblo. Un pueblo de ciudadanos, es decir, de personas conscientes de la globalidad y respon-



sables del Bien Común, dispuestas a participar activamente en la toma de decisiones, es el que puede asumir el adjetivo de «soberano» dentro de un sistema democrático.

Asumida la dimensión ciudadana y constituida la «sociedad civil» hay que reconocer las desigualdades. Concebir la sociedad civil como homogénea puede suponer una grave distorsión de la actividad política. La democracia apoyada en un pueblo real implica reconocer las diferencias de intereses que pueden, incluso, llegar a ser antagónicos. La democracia significa establecer unos mecanismos de conciliación de esos intereses diversos desde el reconocimiento de la pluralidad, por la vía de la

negociación pacífica y no por la fuerza, ofreciendo a todos la oportunidad de expresarse y ser «representados» en un ámbito común -lo político- cuya norma es la ética y no la fuerza o la manipulación.

Por tanto, no es suficiente contar con una «sociedad civil» organizada en los términos en que el lenguaje político que se ha venido imponiendo en Venezuela en los últimos tiempos que concibe la representación «política» en los mismos términos de un contrato de salvaguarda de intereses particulares. Detrás de una fachada de avanzar en la democracia

con proposiciones como el voto uninominal, la revocatoria del mandato de los elegidos en cualquier momento por un porcentaje de sus electores... etc., puede fácilmente esconderse una forma de imponer mecanismos de asegurar la representación de intereses particulares (de individuos o de grupos) en lugar de la representación pública, propiamente política. De llegarse a extender esta concepción más que sociedad tendríamos una Compañía Anónima, cuyos «directivos» representarían a grupos de accionistas⁴. En este sentido, es importante «discernir» el alcance de los movi-

mientos como «Queremos Elegir» y la presión indiscriminada por el voto uninominal desde la perspectiva del imaginario popular, reconocer en cuanto significa un avance coyuntural y hasta donde representa una manera de prolongar de vida de grupos e intereses resistentes al cambio hacia una democracia-con-pueblo.

4. LOS INSTRUMENTOS DE UNA DEMOCRACIA-CON-PUEBLO

Comencemos por describir lo que rechazamos como propuesta: la «sociedad anónima de mercado» como ideal de fundamento de las relaciones sociales:

«Los intelectuales de los poderes eco-

nómicos y de su cultura de masas proponen lo siguiente al pueblo: ningún privilegio para los que están abajo, igualdad de condiciones legales, y aceptación de la desigualdad real como punto de partida. La ley de la sociedad es la competencia. Para triunfar en ella se requiere capacitarse, trabajar duro, ser tenaz, tener sentido de los negocios y aprovechar las oportunidades. Esa es la cruda realidad. Se acabaron las ilusiones. El camino es estrecho y cuesta arriba, pero no está cerrado. Además no hay nada que buscar por otra parte. No hay más alternativa. Así que lo mejor es hacerse cargo de las reglas de juego y canalizar todas las energías en esa dirección.

Esta propuesta significa un cambio cultural inmenso. Significa el fin del pueblo como realidad específica, ya que significa el fin de espacios y proyectos públicos compartidos. Significa dejar de considerarse ligados a los antepasados y responsables del futuro de sus hijos, integrantes de una comunidad viva, pertenecientes a una tierra, religados a la fuente sagrada de la vida; es decir significa dejar de ser seres concretos, extendidos en el espacio y el tiempo y realizados en una comunidad humana que dota de sentido y responsabilidad. Significa dejar de definirse por esas coordenadas y pasar a definirse como productores, como consumidores; y si es el caso, retomar lo anterior, en cuanto se pueda, como realidades complementarias, no decisivas o definitorias y en todo caso privadas y de tiempos libres.⁵

A esta propuesta corresponden unos partidos que fueron «mediadores de los de abajo» en tiempos de la abundancia rentista y pasaron a ser «intermediarios de los de arriba» en el mantenimiento de una estructura de poder desnuda de la posibilidad de seguir distribuyendo y que ahora necesita apoderarse del «trabajo» y la vida de las mayorías, además de prolongar lo más posible los privilegios en todos los terrenos de quienes se han beneficiado preferencialmente del modelo que fenece.

Desde el imaginario popular lo que se propone como reto democrático es que el pueblo sea autor, gestor y ejecutor del modelo social que se construya para todo el país. Ese sujeto «pueblo» es y debe mantenerse como «pluricultural», en un proceso dinámico y constante de generar formas culturales que expresen la riqueza de la base social de la democracia política que se persigue.

Estas condiciones descritas deben, en-

tonces, concretarse en un proyecto político, es decir, en el diseño del conjunto de relaciones económicas, políticas e ideológico-culturales que se quieren construir en Venezuela y que es posible construir con los recursos humanos y materiales con que se cuentan en un tiempo histórico razonable. Ello requiere un conocimiento a fondo de la situación en la que se vive, una idea precisa de lo que se quiere y puede hacer, y una estrategia de cómo hacer la transición desde la situación a la que se imagina. El sujeto político —el pueblo organizado— de un proyecto requiere de algunas **condiciones «subjetivas»**: la persona debe decidir consciente y voluntariamente participar en el proyecto en compañía de otros. La participación política requiere ineludiblemente una decisión personal, de conciencia sin la cual no se constituye ningún sujeto político popular sino una masa dirigida hacia los objetivos trazados por los «conductores». Igualmente requiere una ruptura con lo que se ha convertido por imposición en cultura dominante.

Después, es necesario el surgimiento de un **movimiento** político popular, es decir, de una multitud muy grande de organizaciones del propio pueblo cuya «unidad» la consigue el proyecto político compartido aunque las tareas cotidianas que realizan organizadamente sean tan variadas como la vida misma del pueblo lo exige. A través de esas múltiples organizaciones populares se expresa el sujeto político del proyecto popular de sociedad. En la participación misma en las organizaciones populares se va dando el proceso de «hacerse cargo» del país; se va adquiriendo capacidad organizativa y de gestión económica, política y social.

Las organizaciones populares tienen algunas **características** propias:

- Son organizaciones con conciencia política, es decir, de ciudadanos, de personas que asumen el Bien Común como propio y no se limitan a la defensa de sus derechos o intereses particulares.
- Son organizaciones populares locales, situadas allí donde se desarrolla cotidianamente la vida del pueblo, capaces de la gestión local, colectiva y prolongada de los espacios comunes de esa vida.
- No tiene un modelo único ni predeterminado de organización. La variedad de situaciones, personas y objetivos se manifiesta en variedad organizativa.
- Contribuye a la toma de conciencia de la realidad de la situación que se vive y a afianzar la decisión personal

de transformarla.

- Tienen conciencia de su «provisionalidad», es decir, que una forma organizativa no es un fin en sí mismo sino un instrumento para conseguir el objetivo de una sociedad cuyo sujeto sea el pueblo, por tanto, las organizaciones populares entran en una dinámica de continua revisión y transformación que puede exigir incluso su «desaparición» como tal una vez cumplida la fase para la que surgió.
 - Tienen a la complejidad organizativa. Desde la tarea «local» y concreta en la que nace y desenvuelve su actividad se va «amarrando» con otras organizaciones populares de manera que pueda surgir una red real portadora de un proyecto global para la sociedad.
 - Una característica indispensable es la autogestión democrática de cada una de las organizaciones populares y del movimiento popular en su conjunto. No se puede dar lo que no se tiene, por consiguiente si se busca construir una sociedad democrática, el sujeto portador de ese proyecto debe ser constitutivamente democrático.
 - Son participativas y masivas por cuanto su variedad y forma de gestión ofrecen la posibilidad de incorporación a cualquier persona que opte por formar parte del sujeto político de este proyecto popular y no se reproduce una relación «vanguardista» entre dirigentes y dirigidos.
 - El movimiento popular no debe esperar la llegada de la «nueva sociedad» para ir desarrollando formas alternativas de producción de los bienes necesarios para la vida, basándose en una relación social de trabajo alternativa a la impuesta por el orden capitalista dominante. La producción es un campo imprescindible para el movimiento popular porque le da al pueblo la posibilidad de experimentar la autogestión productiva. El ámbito de la producción y comercialización de los bienes producidos es de los más difíciles de «conquistar» dentro de las relaciones actuales, pero adquirir experiencia en este sentido es crucial en orden a la realización de un proyecto político democrático.
- En el ambiente político que se ha generado en Venezuela en los últimos meses y años, lo más cómodo intelectualmente hablando y, además, la manera más expedita de «quedar bien», es denigrar del partido político. Esto es así no sólo porque los actores políticos más influyentes en la actualidad nacional y

las ideas que ellos pregonan cargan sobre el partido político la *leyenda negra* de todos los errores del pasado reciente, sino porque hay algunas razones históricas reales que exigen una crítica del partido político, de su papel en el sistema político venezolano. De esta manera el partido político se está convirtiendo en el *chivo expiatorio* sobre el cual podemos descargar las culpas de las deficiencias reales de nuestras relaciones socioeconómicas y las frustraciones personales que la imposibilidad de alcanzar el máximo de nuestras expectativas nos ha generado. De esta manera generamos la ilusión de que la desaparición del partido, especialmente de sus *cogollos* directivos, y su sustitución por el *mercado* nos coloca de nuevo en la auténtica vía del desarrollo y nos permite vislumbrar un futuro de acuerdo a las expectativas que el partido nos frustró.

Resulta bastante clara la necesidad de que surjan partidos políticos dentro de la variedad de organizaciones populares que conforman el sujeto político de un proyecto popular. Partidos capaces de hacer posible la realización del proyecto y de competir por el manejo del Estado y del Gobierno en una sociedad democrática.

En el seno de una sociedad civil constituida por ciudadanos regida por una democracia pluralista, dotada de mecanismos de conciliación de intereses por la vía de la negociación pacífica, en lugar de por la violencia, y que ofrezca a todos la oportunidad de expresarse y ser representados en un ámbito común cuya norma sea la ética y no la fuerza o la manipulación, el partido político luce como un instrumento apropiado.

Un régimen democrático encuentra en el partido la forma organizativa de la sociedad civil cuya función es hacer política, es decir, la búsqueda de consensos suficientes mediante la negociación con la pluralidad de intereses existentes y actuantes en la sociedad para definir los objetivos comunes y convertirlos en políticas públicas.

Los ciudadanos organizados en el partido se empeñaran en conocer más a fondo la compleja realidad en la que su acción política quiere incidir. No podrán quedarse en la exposición de un diagnóstico por lúcido que sea sino se verán obligados a diseñar la sociedad en la que sueñan y a proponer un programa de acciones realizables que hagan posible llegar a ella partiendo de la realidad que se vive.

En la sociedad civil el partido político desempeña una función específica distinta y complementaria a la de otras

organizaciones. Mientras más compleja y pluralista sea una sociedad civil tiene más base la democracia y se hace necesaria la diversidad organizativa de los ciudadanos. El partido político es el instrumento para proponer, negociar, conseguir los consensos y gobernar de acuerdo a ellos. Es el instrumento para mantener abiertas las alternativas de políticas públicas y hasta del cambio de horizontes ideales en el que se mueve la sociedad.

5. TAREAS A CORTO PLAZO

El momento actual de Venezuela exige la refundación de su sistema político en el marco de la reconstitución de las bases del modelo social. La primera condición es ver la realidad tal como es. Todos tenemos resistencias a aceptar la realidad personal y colectiva. Es necesario vencerlas. Ver la realidad significa, además, reconocer la propia responsabilidad en cómo esta y en la lentitud de la transformación. Aquí hay una tarea inmediata a realizar que puede resultar incluso dolorosa. No basta con ver los problemas y denigrar de los presuntos culpables, se trata de hacerse cargo de la situación y decidir transformarla.

Esto nos coloca en el camino de crecer como personas y como pueblo en la ruptura con la cultura que hemos heredado, interiorizado y en la que terminamos sintiéndonos cómodos. Superarla desde el *imaginario popular* alternativo.

Formarse en la participación participando. Hay muchas formas en que el pueblo puede hacerlo:

podría ir en tres direcciones. Ante todo, llevar él mismo sus intereses inmediatos, es decir hacerse cargo de las asociaciones de vecinos y de los sindicatos, barriendo de ellos a los partidos políticos. En segundo lugar el pueblo puede colaborar con las instituciones en asuntos que le conciernen; por ejemplo en lo que toca a su salud y a su educación y a su capacitación y a la normalización de servicios en los barrios. Creemos que esto será tanto más posible cuanto las organizaciones populares sean realmente representativas. Aquí tendría lugar un importante protagonismo del pueblo, incluso a nivel de empleos. En tercer lugar el pueblo debería dar su opinión respecto de los problemas globales. El no puede llevarlos profesionalmente; pero sí tiene capacidad para comprender cómo lo afectan. Claro está que para que no tenga que opinar con sacudo-

nes, abstenciones o cacerolas, tendría que arbitrar sus propios cauces que serían las asambleas de organizaciones barriales.»⁶

Finalmente, si es cierto que estamos en una ocasión histórica en la que la necesidad de reconstituir la legitimidad del sistema político venezolano se ofrece una oportunidad de avance cualitativo en la posibilidad de crecer como sujeto político popular, es necesario superar la «tentación» de verse sin el tiempo necesario para la maduración correspondiente de las personas y organizaciones del pueblo o dejarse apabullar por la debilidad real que se tiene frente a la magnitud de la tarea. No hay que dejarse llevar, tampoco, por el aventurerismo o la falsa ilusión de que todo es posible en poco tiempo. No se amanece «pueblo» sin ningún esfuerzo. Constituirnos como pueblo lleva tiempo cuantitativo y cualitativo. El segundo necesita de decisiones profundas en las personas para hacer posible la transición colectiva a una democracia con pueblo.

1. Entendemos por «imaginario» el conjunto de elementos culturales que mantienen la congruencia de una etapa de la historia de un conjunto humano.
2. En orden a la precisión habría que aclarar que lo que hemos denominado «imaginario rentista-populista» es una variante propia de las características específicas de Venezuela de una visión más extendida que podríamos categorizar como «liberal-positivista».
3. «Idiota entre los griegos, era quien sólo se ocupa de sus asuntos privados. Podía ser muy rico, y muy lleno de lujos y ornamentos pero era idiota consumado, dedicándose sólo a ello, no introducía en sus motivaciones y sus actos, la purificadora vigencia de lo colectivo. El hombre tiene que salirse de sí mismo, en donde todavía es animal a solas, para humanizarse, para elevarse -cada hombre- a la dignidad de pueblo. A ese yo colectivo regido por lo político y lo ético. A esa globalidad que llamaba Montesquieu el Espíritu de las Leyes, y Hegel, a secas, el Espíritu.» ARVELO RAMOS, Alberto, *En defensa de los insurrectos*, Mérida: Editorial Venezolana, 1992; p. 42.
4. Una interesante discusión sobre esta temática vinculada a la «contradicción» entre la «libertad de los antiguos» y la «libertad de los modernos» propuesta por B. Constant se encuentra en el libro: *El liberalismo como problema*, Caracas: Monte Avila, 1991 que reúne trabajos de Alan Ryan, Ernesto Tugendhat, John Dunn, Luis Castro Leiva, Anthony Pagden y Geoffrey Hawthorn.
5. TRIGO, Pedro, «El problema de la participación popular». En: *SIC* 544 (mayo 1992) 167.
6. «Constituir la legitimidad», Editorial de *SIC* 543 (abril 1992) 109